
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

La ornitología fantástica de los conquistadores

Cardoso, A.

1918

Cita: Cardoso, A. (1918) La ornitología fantástica de los conquistadores.
Hornero 001 (02) : 080-089

www.digital.bl.fcen.uba.ar

Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad de Buenos Aires

49. **Passer domesticus** (LINN.). — Los gorriones han alcanzado también a la provincia de Corrientes.

50. **Brachospiza capensis capensis** (P. L. S. MÜLLER). — El chingolo no faltaba en aquella parte casi central de la provincia mencionada.

51. **Paroaria cucullata** (LATH.). — Era común en el monte de aquella localidad el cardenal y fué posible obtener varios especímenes.

52. **Gubernatrix cristata** (VIEILL.). — El cardenal amarillo era tan común como el anterior y obtuve algunos ejemplares.

53. **Molothrus bonariensis bonariensis** (GM.). — El tordo común o renegrido era un ave común en aquella localidad.

54. **Trupialis militaris Defilippii** BP. — He visto también a este pecho rojo.

55. **Cyanocorax chrysops** (VIEILL.). — La urraca azul la he visto cautiva en un establecimiento de campo de Curuzú Cuatiá.

56. **Cyanocorax caeruleus** (VIEILL.). — Conjuntamente y en las mismas condiciones que la anterior anoté la urraca celeste.

LA ORNITOLOGÍA FANTÁSTICA DE LOS CONQUISTADORES (1)

POR

ANÍBAL CARDOSO

Entre las distintas citas y descripciones que en libros y documentos nos ha dejado la época colonial, pintando con fantásticos colores una fauna extravagante y fenomenal, merecen un buen capítulo las que se refieren a las aves de nuestro país (2), cuya

(1) En 1916 presenté, como delegado del Museo Nacional de Historia Natural, al Congreso de Historia y Bibliografía, un trabajo titulado: «Nuestros conocimientos en ciencias naturales durante la época colonial». De dicho trabajo extracto algunos pasajes que dedico a EL HORNERO.

(2) Entiéndase las «Provincias del Río de la Plata», pues me refiero a la época colonial.

descripción, tan inexacta como exagerada, ofrece pasajes de cómica candidez, que revelan al estudioso el estado de los conocimientos en aquella época y sirven al curioso lector un buen rato de alegre distracción.

Desde el paso del Estrecho por MAGALLANES en 1520, cuando FIGAFETTA describió el *Aptenodytes* diciendo que «parecen cubiertos de plumitas por todo el cuerpo», extrañando, sin duda, no estuvieran cubiertos de otra cosa, hasta la feliz llegada de AZARA, ¡cuantos disparates se escribieron, que éste tuvo que enmendar!

No es posible olvidar las extravagantes citas de OVIEDO, HERRERA, LÓPEZ DE GOMARA, CIEZA DE LEÓN y tantos otros que, durante el primer siglo de la conquista, escribieron disparatadas descripciones de nuestra fauna. Tampoco podemos hacerlo de aquellos padres jesuitas que les siguieron en los siglos XVII y XVIII, sin adelantar un paso en el asunto, al que agregaron mayores extravagancias y patrañas. Las descripciones del Padre ACOSTA, aunque juiciosas, fueron sujetas a la leyenda bíblica; las del P. TECHO, sólo sirvieron para ponderar los conocimientos medicinales de tal o cual jesuíta empírico; las del P. FALKNER, que por respeto a sus antecesores en la Orden, tampoco aclaran esos errores, y que, por su parte, en las citas propias, no fué capaz de describirnos el *yacaré*, porque cuando le vió correr con salvaje fiereza en las orillas del Paraná, se le antojó bestia apocalíptica!

Siguieron a éstos, muchos otros padres jesuitas que al escribir la historia de los trabajos efectuados por la Compañía de Jesús, se ocuparon de la descripción de los animales y plantas más notables que aquí hallaron; relatos que subordinaron a tres puntos principales: la leyenda fantástica de que gozaban; la misteriosa influencia que les atribuían como panacea de todas las enfermedades; y las observaciones propias, más estúpidas que ignorantes, en que pintan metamorfosis imposibles, haciendo pasar por evoluciones sucesivas, gusanos y mosquitos, a las clases más superiores en que se dividen los vertebrados.

El fuerte principal de estos historiadores es la medicina, copiada casi siempre hasta en sus groseros detalles, de la que usaban los indígenas; y aquí no nos es posible olvidar la estúpida terapéutica del Padre historiador GUEVARA, que ponderando al pájaro *Guacho*, dice: «no tiene cosa más estimable

que su excremento, cuya virtud es más apreciable que el oro y todas las preciosidades del mundo, y sirve admirablemente para curar las quebraduras de huesos», citando luego el caso de un muchacho que se quebró una pierna y curó en *dos días* con un emplasto del famoso excremento, «hasta el extremo de poder caminar». Bien poca cosa es, en verdad, tan estupendo prodigio, ante la cura del indio que nos refiere el P. MONTENEGRO, al que habiéndole pasado por sobre el pecho la rueda de una monumental carreta tucumana cargada con varios quintales de algarroba, sanó en pocos días con la infalible cataplasma...

Los órganos de los sentidos poco servían para guiar por buen camino el extraviado criterio de aquellos hombres, y sus visiones fantasmagóricas se sucedían con desesperante resultado para la ciencia. El P. VASCONCELLOS afirmó haber visto «*con sus propias ojos*, unos gusanillos blancos criados en la superficie del agua que se hicieron mosquitos; los mosquitos pasaron a la forma de lagartos, éstos se convirtieron en mariposas, y las mariposas se transformaron finalmente en picaflores». Al lado de esto, la evolución de las especies es una niñería y DARWIN resulta una mediocridad!

El órgano del oído no les sirvió tampoco para ayudar la vista, pues si veían a la distancia un *cuis* que se ocultaba en la maleza y al mismo tiempo resonaba en la serranía el relincho de un guanaco, no vacilaban en atribuirlo al inocente roedor. Buen testimonio de ello nos lo ofrece el P. MURATORI, cuando dice, refiriéndose al picaflor: «une a sus colores más brillantes, la voz y el canto del ruiseñor; y es sorprendente cuando se le oye cantar, que una voz tan fuerte pueda salir de un cuerpo tan pequeño».

Inútil es decir, que en estas trocatintas de óptica y acústica, solía intervenir casi siempre, algún indio astuto, burlón y solapado, que se complacía en aumentar la confusión en aquellos cerebros visionarios. Es, pues, posible, que mientras el P. MURATORI, contemplaba al picaflor, hizo oír sus trinos allí cerca alguno de nuestros cantores de la selva, y el padre jesuíta, que no conocía de la misa (ornitológica) la media, aplicó el oído, levantó el dedo y miró a su guía, quien aprobó en silencio la observación; después de lo cual quedó sancionado que aquellas notas poderosas pertenecían al pequeño pajarillo.

Un caso más notable que éste, nos lo ofrece el relato de un marino español que visitó las costas del Pacífico. Un día que paseaba por el campo, encontró un pájaro, para él desconocido, que revolcaba la cabeza por la arena para desembarazarse de los parásitos que le incomodaban, y como en ese instante resonara al lado una nota muy eminentemente clásica para el oído del marino, éste no vaciló en apuntar la siguiente cita que transcribió más tarde en su « Descripción del Perú »: « El pájaro trompetero, el cual saca el sonido de trompeta pegando la cabeza en tierra y expeliendo el aire por detrás »!

Y con esto, ya curados de espanto, podemos pasar adelante.

Rheiformes y Tinamiformes.

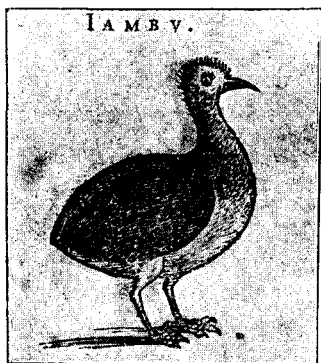
Las primeras aves de nuestra tierra que repetidamente mencionan los conquistadores, son, avestruces y perdices. Al primero le aplican el nombre guaraní de ñandú, que le daban los indígenas de aquí, o el de *suri*, que le daban los del Perú y Chile. Las « perdices y codornices » de los relatos de aquellos tiempos, no nos permiten determinar las diversas especies. AZARA es quien se encarga de aclarar el punto, diciendo:

« Los españoles llaman perdices a las grandes y codornices



El « Ñandú » [*Rhea americana* (L.)] Tomado de Gulielmi Pisonis, « Historiae Naturalis & Medicae Indiae Occidentalis » (Amsterdam, 1658).

a las chicas. Al sur de Buenos Aires, desde los 37°, hay otro *Ynambú* que llaman perdiz martineta, por un moño o martinete que tiene sobre la cabeza». De modo, pues, que la verdadera martineta del siglo XVIII, era la copetona [*Calopezus elegans* (D'ORB. y GEOFF.)]; la otra, la «martineta grande o colorada» [*Rhynchotus rufescens* (TEMM.)], la describe AZARA con el nombre guaraní de *Ynambú guazú*, y dice que también tiene la propiedad de «levantar la pluma de la cabeza cuando se asusta o se le antoja».



El «Ynambú» [*Nothura maculosa* (TEMM.)] De PISON, op. cit.

«El *Ynambuy* (Ynambú pequeño), al cual los españoles le dan el nombre de perdiz chica, en comparación de la anterior», es nuestra perdiz común [*Nothura maculosa* (TEMM.)] y el «*Ynambú carapé* (enano), nombre con que se le conoce en Misiones», según AZARA, es el *Taoniscus nanus* (TEMM.). Del *Tataupá*, dice: «En guaraní le llaman así, lo que significa Ynambú del hogar, tal vez aludiendo a que suele acercarse a las casas campestres». Es el *Crypturus tataupa* (TEMM.).

Galliformes, Columbiformes y Ralliformes.

SCHMIDEL nos habla de gallinas al visitar los pueblos Carios, con una naturalidad que hace pensar que estos animales existían allí cuando vinieron los conquistadores. El Padre ACOSTA, confirma esta noticia con otros argumentos cuando dice: «Las había antes de ir españoles, y es claro indicio tener nombre de allá (guaraníes o quichuas), que a la gallina llaman *Gualpa* y al huevo, *Ronto*, y el mismo refrán que tenemos de llamar a un hombre gallina, para motarle de cobarde, ese propio usan los indios».

AZARA, con mayores conocimientos en zoología, cree también que cierta especie de gallinas del Paraguay son indígenas, y dice: Además de estas gallinas, existían otras especies similares, que los españoles llamaron *faisanes* y *pavas de monte*; con

lo que hace marcada distinción entre unas y otras. LOZANO, confirma esto último, diciendo: «Al faisán le llaman en el Paraguay *yacú*, y *pavas* en esta provincia de Tucumán; hay unos menores que llaman charatas ⁽¹⁾, y otros mayores con el nombre de *pavas*; unos son totalmente negros o pardos y otros pintados de blanco y negro».

AZARA describe la especie principal, conocida aquí con el nombre de «pava del monte» y en el Paraguay con el de *Yacú-hú* (Yacú negro); es la *Penelope obscura* (TEMME). «El *Yacú-apeti*, que en guaraní significa Yacú con mancha blanca; aludiendo a las que tiene en las cobijas», es la *Cumana jacutinga* (SPIX).

El *Mitú*, que es el más grande de todos [*Crax sclateri* (GRAY)], es también el más domesticado y preferido, por su hermosa presencia y alto moño de plumas en la cabeza.

Los Columbiformes no han sido mencionados por los más antiguos autores. Tan sólo algunos compañeros de MAGALLANES y LOAYSA, nos hablan de ciertas aves con aspecto de *palomas blancas*. Se trata de un Charadriiforme, del que hablaremos más adelante.

Entre los Ralliformes, el P. GUEVARA nos menciona «un pájaro de agua que pasea las orillas de los ríos repitiendo estas voces: Opa-caá, que significan: «ya se acabó la yerba». AZARA ha despreciado tan hermosa tradición del ave que hablaba en guaraní, diciendo, que los guaraníes le dan el nombre de *Ipacahá*, «porque lo canta altísima y claramente. Los españoles le llaman gallineta, porque dicha especie cuando está avispada, suele levantar la cola a la manera que las gallinas». Es el *Aramides ypacaha*. (VIEILL.).

Sphenisciformes, Lariformes y Charadriiformes.

PIGAFETTA, en el viaje de MAGALLANES (1520) ⁽²⁾, refiere que al llegar a nuestra costa sur, tocaron en «dos islas pobladísimas de ocas y de lobos marinos; son las primeras tan abundantes que, habiéndonos puesto a perseguirlas, en una hora hicimos buena provisión para las cinco naves. Son negras, y sus plumas del cuerpo y de las alas, del mismo tamaño y forma; no vuelan,

⁽¹⁾ *Ortalis canicollis* (WAGL.)

⁽²⁾ «Primo Viaggio intorno al Globo Terracqueo», etc.

están siempre en el mar, y se alimentan con peces; son tan graciosas, que al desplumarlas les desollábamos. Tienen el pico parecido a un cuerno».

El historiador OVIEDO, por su parte, nos dice que los compañeros de MAGALLANES encontraron en dicha región, «ansares que no sabían volar»; y GOMARA, sin ser más explícito, dice: «Hay otras aves sin plumas, tan grandes como ansarones, que nunca salen del mar; tienen empero un blando y delgado vello por todo el cuerpo».

En la «Relación del viaje al Magallanes de la fragata de guerra Santa María de la Cabeza», se mencionan «pájaros de mar sin plumas en las alas, llamados *Pinguines*».

Todas estas relaciones tan fantásticas de «aves sin plumas» o «que no sabían volar», nos dejan en ayunas en cuanto a la determinación de especies, pero, señalan claramente los géneros *Aptenodytes* y *Spheniscus*, que poblaban nuestra costa atlántica en aquella época, desde el Cabo de Santa María hasta el extremo sur.

De Procelariformes y Lariformes, no encuentro mención directa en las obras y documentos que he revisado.

Entre los Charadriiformes, el ave más antigua que señalaron los compañeros de MAGALLANES y LOAYSA, es el *Chionis alba* (GM.) que les llamó la atención por su aspecto de «palomas blancas». Posteriormente, los historiadores jesuíticos del siglo XVIII, no olvidaron en sus descripciones aquellas aves que, por su canto (o grito), han merecido un nombre más o menos parecido a las notas emitidas por su voz; y esto, según el modo de interpretarlo el oyente. «El Tero-tero, dice LOZANO, en parte imita la naturaleza del Yahá. Repite en su canto estas cláusulas: Teu, Teu, y por eso con alguna corrupción, le llaman los españoles Tero-tero y los indios con mayor propiedad teu, teu; su habitación es junto a los ríos y lagunas». AZARA, dice por su parte: «Le dan el primer nombre (*Terutero*) en Buenos Aires y Montevideo, y el segundo (*Tetéu*), en el Paraguay. Ambos le convienen, porque los canta con frecuencia agria y fuertemente, incomodando bastante». Es el *Belonopterus cayennensis* (GM.) La zancuda, conocida por «Tero real» [*Himantopus melanurus* (VIEILL.)], pertenece a esta familia, pero no debe confundirse con

la anterior, ni encuentro mención de ella en los relatos de los conquistadores.

Con el nombre de «Chorlos», designaban los españoles a las zancudas menores, ya fueran de pradera o de bañado. Dice AZARA, que «los guaraníes llaman *Mbatuitúis* a los chorlitos de los españoles, y a la llamada por estos Becacina, y *Aguatero* en Montevideo, llaman los guaraníes, Yacaberés. [(*Gallinago paraguaiæ* (VIEILL.)).]

Gruiformes y Ardeiformes.

Un ave del interior mencionada por LOZANO, y de la que GUEVARA se ocupa elogiosamente, por su domesticidad y destreza en «buscar su mantenimiento, limpiando las casas y huertas de las sabandijas y vívoras que las infestan, con utilidad de sus amos y diversión de los que miran su artificio en cojerlas», es la Saria o Cariama [(*Cariama cristata* (LINN.)), de la cual dice AZARA, que en el Para-



El «Cariama» [(*Cariama cristata* (L.))]
De PISON, op. cit.

guay los españoles llamaban «faisán», y escaseaba mucho, habiéndola oído cantar hacia los 31° de latitud sur.

Otro género afín de la familia de los Cariamididos, es la Chuña [(*Chunga Burmeisteri* (HARTL.)), la que se confunde con la anterior, por sus costumbres, domesticidad y método de vida, muy semejante al Cariama.

Entre los Ardeiformes, es la garza el ave de más antigua mención. LUIS RAMÍREZ, compañero de CABOTO, dice en su «Carta» de 1528, que eran tan abundantes en la costa entre-rriana «que con ellas se podían enchar tres navíos», y ALONSO DE SANTA CRUZ escribe en su «Islario General» refiriéndose al

río Paraná: «Hay muchas ánades, muchas garzas, que hay islas de tres y cuatro leguas de largo y más de una de ancho, que los árboles están llenos de ellas».

Bajo el nombre de «garzas», designaban los españoles no sólo al grupo de los Ardeídos, sino también los Ibidos y Cicónidos; razón por la cual LOZANO, menciona «garzas blancas que llaman mbaguari en idioma guaraní». Según AZARA, los guaraníes llaman *Tuyuyú* a las cigüeñas, «lo que significa, barro amarillo». «La Baguarí o Mbaguarí, es de las mayores que se conocen, existiendo desde el Paraguay al Río de la Plata». [(*Ciconia maguari* (GM.))].

Pero, ¿a qué especie pertenecían las garzas mencionadas por los compañeros de CABOTO?

Entre las muchas que describe AZARA, bajo el nombre genérico de Hocós, que le daban los guaraníes, sólo encuentro una que fuera en su época realmente abundante: la que llama «Garza blanca» [(*Herodias egretta* (GM.)), de la cual dice: «La he visto en el Paraguay varias veces en bandadas tan numerosas, que posadas en los árboles de las lagunas, éstos parecían blancos, mirados de lejos».

Menciona otra especie muy curiosa, llamada *Tayasú-guirá* (pájaro-chancho), [(*Nycticorax nycticorax naevius* (BODD.))], porque, según AZARA, los guaraníes «encuentran alguna semejanza entre su voz y la del puerco. El vulgo cree que cuando pasa volando y canta sobre alguna casa, indica que en breve morirá alguno en ella».

El P. LOZANO, habla de «bandurrias de pico negro de un gema, la espalda azul, el pecho blanco y el cuello salpicado de pintas doradas».

AZARA, describe cuatro aves que designa con ese nombre, cuyo origen explica así: «A la primera especie llaman los guaraníes, Curacáu, por su canto; y también a la segunda, porque se le parece mucho en la magnitud y formas, no en la voz: y como la de ambas no es agria, y se figuraron estos españoles que se parece al sonido seco de la Mandurria, llaman así a ambas especies».

«La especie tipo de la familia, pronuncia dos sílabas que a unos suenan Curacáu o Curudái en tono seco de Mandurria y a

otros Totac, y por esto hay también quién le llame así. Los brasileños le llaman Masarico». Es el *Theristicus caudatus* (BODD.).

La «Bandurria de cuello jaspeado» que los guaraníes suelen llamar Carauy, porque le encuentran alguna semejanza con otra ave que llaman Carau, es el *Plegadis guarana* (LIN.) y ha sido visto por AZARA «en el Paraguay y campos de Buenos Aires, siempre en bandadas de 20 a 60». (Continuará).

NOTAS SOBRE UNA COLECCIÓN DE AVES

DE LA ISLA DE MARTÍN GARCÍA

POR

ROBERTO DABBENE

(Continuación de la pág. 34)

ORDEN CHARADRIIFORMES (1).

(Chorlos, Becasinas, Teros, Ostreros, Batitúes, etc.)

Familia Charadriidae

9. *Belonopterus cayennensis* grisescens (PRŮŽÁK).

(TERO TERO)

[*Parra cayennensis* GMELIN, Syst. Nat. ed. XIII, i, II, p. 706 (1789 — ex BUFF. et DAUBENT., Pl. Enl. 836 — typ. ex Cayenne)].

Vanellus grisescens PRŮŽÁK, Ornithol. Monatsber., IV Jahrg., N.º 2, Febr. 1896, p. 23 (1896 — *N. Chile*) descr. orig.

Vanellus cayennensis (nec *Parra cayennensis* GMELIN) BARROWS, The Auk, I, N.º 3, July 1884, p. 278 (Concepción del Uruguay, Entre Ríos). — GIBSON, The Ibis, fifth ser., vol. III, N.º XI, July 1885, p. 282 (Paysandú, Uruguay). — APLIN, The Ibis, sixth ser., vol. VI, N.º XXII, April 1894, p. 205 (Uruguay).

Belonopterus grisescens BRABOURNE and CHUBB, The Birds of South America, I, 1912, p. 38 [Argentina, Paraguay, Uruguay, ? *N. Chile*.]

Vanellus grisescens C. H. B. GRANT, The Ibis, ninth ser., vol. VI, N.º 22, April 1912, p. 474 (caracteres distintivos de las tres formas).

(1) Según el nuevo arreglo de este orden hecho recientemente por MATHEWS, la familia Charadriidae comprende las subfamilias Lobivanellinae y Charadriinae de SHARPE y la familia Scolopaciidae, las subfamilias Totaninae y Scolopacinae de ese autor excepto *Rostratula*. Cf. MATHEWS, Birds Australia, III, i, 1913, p. 2 y III, 4, p. 307.